

11° Acto de Homenaje a la Escuela Quirúrgica Finochietto

Entrega del Premio Enrique y Ricardo Finochietto al Dr David Simkin

Palabras del Sr Presidente de la Asociación Médica Argentina,

Prof Dr Elías Hurtado Hoyo 2013

La Comisión Directiva me ha encargado transmitirles que la distinción que le otorgan a la AMA, la recibimos con sumo agrado, pero que también os señale que lo hecho para vuestra Escuela es una constante de nuestra Institución. Es más, lo consideramos como nuestra obligación que se reconozcan y veneren los hombres que han dado jerarquía internacional a la ciencia argentina. Más cuando dedicaron su vida a generar recursos humanos de alta capacidad que luego se comprometieron a cuidar la salud de toda la población del país.

Lo expresado por Víctor Serafinio sobre la figura del homenajeado en este Acto, David Simkin, así como el profundo comentario hecho por David sobre sus maestros, y lo relatado con tanto énfasis por

Héctor Santángelo sobre la historia de lo acontecido en estos años dejan en claro la trascendencia tanto de vuestros predecesores como individuos, como de la Escuela en su globabilidad, señalándonos la concepción de algo superior. Acompañándome para recibir esta atención, deseo señalar que están presentes de nuestra Comisión Directiva el Vicepresidente, Miguel Falasco; el Tesorero, Vicente Gorrini; el Secretario General, Miguel Galmés; y el Vocal Titular, León Turjanski.

Coincido totalmente con lo expuesto. Episodios circunstanciales no previstos cuando se instituyera el Premio, le han agregado a su elevado nivel científico un carácter humanístico, alcanzando probablemente el objetivo buscado en un inicio. De todo lo ya acontecido en estos doce años lo que más emoción nos causara fue cuando uno de vuestros ex-cursillistas, amigo nuestro desde fines de la década de los '60 que conocí al ir a operar los tórax del Hospital Lagomarsino de

Merlo, Víctor Desseno, trajo a la AMA con motivo del Acto del año 2004, las cenizas del iniciador de la Escuela don Enrique Finochietto, las que presidieron simbólicamente ese evento. Desseno, fiel al espíritu de la Escuela por su constancia, no descansó hasta conseguir también las cenizas de Don Ricardo haciéndose responsable personalmente de todos los trámites y procedimientos necesarios para tal fin; las mismas presidieron la cuarta entrega. Posteriormente se logró reunir, luego de varias décadas de estar separados, las cenizas de ambos hermanos en una misma bóveda del Cementerio de la Recoleta, cuyo espacio fue cedido por la Sra Carmen A Menéndez de Gorrini y el Dr Raúl Casco Montero, por gestión del Prof Vicente Gorrini. A él también le debemos el manuscrito original de la Tesis de Doctorado de Ricardo Finochietto sobre "Cáncer Laríngeo".

Por lo que habéis expresado, debo señalar desde lo institucional que estoy



De izq a der: Prof Dr H Santángelo, Dr Simkin y Prof Dr E Hurtado Hoyo.

plenamente convencido de que vuestro acercamiento a la AMA ha sido naturalmente lo correcto. Vuestra Escuela debía afincarse en esta Casa acompañando a otras figuras de la medicina nacional que la lideraron. Me parece oportuno recordar sólo a algunos de ellos. Entre nuestros fundadores, en 1891, estaban la primera mujer médica, Cecilia Grierson, y Juan B Justo. A nuestro primer presidente, Emilio Coni, se lo reconocía como el “médico de las ciudades”; hoy diríamos que fue pionero del sanitarismo argentino. Quién no tiene presente a nuestros ex-Presidentes, los cirujanos Marcelino Herrera Vegas y José Arce; al psiquiatra José Ingenieros por su obra *El Hombre Mediocre*, a los clínicos Abel Ayerza, Mariano Castex, Egidio S Mazzei, y Carlos Reussi; al padre de la Nutrición, Pedro Escudero; al de Otorrinolaringología, Eliseo Segura; al de la Ortopedia, Carlos Otolenghi; al de la Medicina Legal, Nerio Rojas; a Eufemio Uballes, Rector de la Universidad de Buenos Aires; y otros más.

Y por qué no recordar algunos que dirigieron nuestra Revista, que tiene 120 años de trayectoria. Su primer Director fue Leopoldo Montes de Oca, Decano de la Facultad de Medicina (UBA), al igual que el actual Alfredo Buzzi. También la dirigió un Premio Nobel en Medicina, Bernardo Houssay, quien trabajó en esta casa por más de 45 años; de aquí fue a hacer el CONICET. Otro Premio Nobel en Química, Luis Federico Leloir, actuó en estos salones por 25 años, continuando luego su accionar en la Fundación Campomar; y así podría seguir en forma interminable mencionando otros nombres que engrandecieron la medicina argentina. Como veis los nombres de vuestros maestros, Enrique y Ricardo Finochietto, debían estar junto a estas glorias de nuestra ciencia.

Sres, así como la Comisión Directiva no dudó un instante para aceptar vuestra propuesta de crear un “Premio Escuela Enrique y Ricardo Finochietto” de la AMA, en lo personal para mí fue devolverles tanto afecto y respeto que me brindaron durante toda mi actividad profesional, y muchas veces fuera de ella. Las palabras de Héctor Santángelo me hicieron mirar para atrás en mis recuerdos y no puedo dejar de mencionar alguno de los numerosos contactos que tuve con vuestra Escuela. El primero fue con Rodolfo Troiano, hacia fines de 1959; se acababa de inaugurar el Hospital Ramón Carrillo de Ciudadela; el joven cirujano Rodolfo había ganado el concurso como Jefe de Guardia de los domingos; yo el de Practicante Mayor. ¡Cómo me deslumbró! Yo ya operaba apendicitis y algo más, pero él venía de haber operado un esófago. Ese domingo me describió la técnica y la táctica que había seguido. Mi admiración: años después cuando lo escuché a Zancoli entendí que Rodolfo me había estado hablando del “Método” que tanto los

distinguía. Cómo no recordar que los primeros libros que compré apenas graduado fueron *La Mama* de Uriburu y el de Anestesia de la Colección Finochietto.

En 1960, me acababa de graduar y era el único de la promoción que por los requisitos podía pretender obtener la Medalla de Oro que implicaba el Premio José Penna de la Facultad de Medicina (UBA). Pero me faltaba un requisito más que era aprobar la Tesis del Doctorado en ese mismo año. Era Practicante Mayor del desaparecido Hospital Salaberry, allá en Mataderos; me acerqué al Jefe de Tórax que era don Eduardo Ayas, le expliqué con claridad mi situación; aceptó ser mi Tutor e inmediatamente se levantó de su escritorio y sin decir nada se dirigió a sus archivos; retiró unas treinta historias clínicas más unos libros relacionados. Me los entregó y me dijo que escriba sobre “Las formas de la iniciación clínica aparente del cáncer de pulmón”. Lo hice en término, finalicé la Tesis y obtuve el premio. Cómo me puedo olvidar de tanta generosidad. Siempre he dicho que por verlo operar y por sus conocimientos clínicos me incliné a dedicarme a la cirugía. ¡Qué paradoja! Años después, otro gran cirujano y también persona excepcional de iguales características, don Abel Gilardón, me introdujo, ya en el Hospital Durand, en la cirugía torácica con la que sigo a la fecha. Recuerdo haber hecho varios cursos de la especialidad con Eduardo Trigo en vuestra Escuela del Hospital Rawson.



Prof Dr Eduardo Zancoli

En 1980 gané una Jefatura por concurso en el Hospital Argerich. Estaba en una Unidad en la mitad del cuarto piso; el Jefe era Juan José Fontana. Otra vez, ¡qué circunstancias! El Jefe del Departamento de Cirugía era don Eduardo Ayas. En la otra mitad del piso se había asentado vuestra Escuela bajo el mando de Delfín Vilanova. Con él recuerdo a Samuel Rascovan, Agustín Salas, Emilio Cernich, Serro Valle, Kesselman, René Hirsig, aquí presente, y otros cuyos nombres ahora se me escapan, pero que por su accionar los tengo siempre presentes. Cómo olvidarme cuando Delfín se ponía atrás mío en el quirófano mientras operaba algún tórax, desde el inicio hasta el cierre. Qué honor para mí por la gloria de vuestra Escuela que él representaba. Son recuerdos en lo asistencial.

Después vinieron los vínculos en las Sociedades Científicas. A mediados de los '80, siendo ya Jefe de Cirugía del Hospital Tornú, don Carlos Reussi me invita a incorporarme a la conducción de la AMA. El Secretario de Actas era vuestro también prestigiado Roberto Garriz. Lo haré breve. Rápidamente ambos me introdujeron a su intimidad; me hicieron compartir sus cenas privadas dos veces por mes durante siete años. Qué aprendizaje sobre las conductas de los hombres de la medicina argentina. Nunca dejé de agradecer la amistad que me hizo compartir hasta que entró en coma.

En el invierno de 1987, la Sociedad de Cirugía Torácica, resolvió hacer un homenaje a la memoria de don Oscar Vacarezza en su ciudad natal, Alberti. Las autoridades resolvieron que cada integrante de la CD trasladase en su coche a algún prohombre de la Cirugía. Bueno, a mí me hicieron responsable de Don Julio Uriburu. ¡Qué viaje! Fue el inicio de la amistad que me brindó junto a su familia el resto de su vida.

Mencionaré también a José Yoel cuando en 1988 fue designado Presidente del Congreso Mundial del *International College of Surgeons* a realizarse en Buenos Aires. Dos años después me invitó a colaborar con él en un cargo destacado. Era el segundo Congreso que se hacía en la Argentina. El primero, en 1950, había sido presidido por Jorge Taiana. Lamentablemente con casi todo el programa ya elaborado, Yoel fallece. La conducción la tomó Almasque Dedeu. El Congreso fue todo un éxito para el orgullo del país.

Por último, me quiero referir a Uds, mis contemporáneos. Son muchos con los que compartí algo por lo que no puedo nombrarlos porque seguro me olvido de alguien. Sólo decirles que siempre ha sido un placer poder colaborar con Uds para el brillo de vuestra Escuela en cualquier actividad en la que nos haya tocado actuar. Además de agradecerles haber elegido nuestra Institución como sede oficial de la misma. Estimado amigo

David Simkin, ha sido para mí una gran emoción acompañarte en estos momentos significativos para ti como fiel representante de la Escuela.

Muchas gracias.

Disertación del Prof Dr Héctor D Santángelo

Señor Presidente de la Asociación Médica Argentina, Profesor Dr Elías Hurtado Hoyo; Autoridades presentes; Cirujanos de la Escuela Quirúrgica; Colegas; Señoras y Señores. La Comisión Permanente de Homenaje de la Escuela Finochietto, me ha conferido el honor de presentar en nuestra XIIª Reunión Anual, al Profesor Elías Hurtado Hoyo como Presidente de la Entidad que hoy homenajeamos, la Asociación Médica Argentina.

Como primera cuestión, debemos decir que el Dr Hurtado Hoyo con su accionar, y en unidad de criterio con los Miembros de la Comisión Directiva, han posibilitado que la Asociación Médica se haya hecho merecedora de la distinción de "entidad benefactora" por parte de la Escuela Quirúrgica Enrique y Ricardo Finochietto.

No es razonable aludir a la Sociedad premiada sin antes efectuar una breve referencia a su Presidente, personalidad destacada en todos los ambientes donde se desenvuelve, ya sea en el medio asistencial, docente, académico y también en el ámbito humanístico, como consecuencia de su acendrada formación cultural.

En esta ocasión considero más propicio dejar de lado las innumerables nominaciones y títulos, para destacar su actividad al frente de nuestra querida Casa, la Asociación Médica Argentina.

Comienza su labor presidencial en el año 1998 y nunca lo ha hecho en soledad. Ha tenido la virtud de acompañarse por sucesivas Comisiones Directivas acorde con sus pensamientos y formas de actuar; secundado a su vez, por un conjunto de profesionales, personal técnico, administrativo y de todo orden, competentes en sus funciones y solícitos en la atención.

Este proceder es, sin duda alguna, la consecuencia de haber sabido transmitir la impronta personal de un modelo de trabajo, basado en la idoneidad y rectitud, consecuentes con su sencilla personalidad.

Durante su mandato y en forma muy sucinta, corriendo el riesgo de olvidar algo importante, se efectuaron grandes obras, expansiones, modificaciones y modernizaciones edilicias y de toda índole, en ésta, la sede tradicional, en el edificio contiguo y en el predio adquirido últimamente en la Av Santa Fe 1218/1220.

Con todas las mejoras realizadas, esta Casa adquirió, a través de los años, un aspecto más

contemporáneo, todo se ha rejuvenecido en aspecto, comodidad y tecnología.

Asimismo, con el tiempo se llevaron a cabo numerosos logros muy significativos:

- En primer término, no cabe ninguna duda mencionar la elaboración y edición, en el año 2001, del Código de Ética para el Equipo de Salud, traducido hasta la fecha, nada menos que a 12 idiomas.
- Es importante consignar también que en el año 2002 la Corte Suprema de Justicia de la Nación delegó en la AMA el honor y la responsabilidad de la inscripción y registro de Peritos Médicos. A tal fin se creó el Comité correspondiente.
- Además, se iniciaron las funciones del Tribunal de Ética para el Equipo de Salud.
- A la tan reconocida Escuela de Graduados le fue otorgado el Registro Nº 1 para la Educación Superior, con el aval de la CONEAU.
- Anualmente se han seguido otorgando Becas y Premios, se iniciaron las actividades del Programa Latinoamericano de Educación Médica a distancia, continúa el plan de Educación Virtual propia, se incorporaron nuevas tecnologías y siguieron en marcha mejoras en la Biblioteca, Revista y Boletines, como asimismo se consolidaron las Relaciones con Sociedades Filiales, Invitadas y amigas... Y hay un largo etc.

Destacados los hechos más salientes, vinculados con la Asociación Médica y sus Autoridades, este acto perdería su auténtico sentido, si no se expresara claramente cuál es el por qué de la presente distinción que le confiere la Escuela Finochietto a la Asociación Médica Argentina a través de su Presidente, el Dr Elías Hurtado Hoyo.

A tal efecto es oportuno dejar bien explícito que esta decisión de la Comisión de Homenaje, que además todos hemos compartido, escapa a ser un acto protocolar e interesado. Es en todo sentido una medida justa, postergada involuntariamente que persigue el fin de valorar, reconocer y sobre todo hacer público, lo realizado por la Asociación Médica.

De tal manera, tenemos la oportunidad de saldar esa deuda de gratitud que teníamos pendiente todos los integrantes de la Escuela Quirúrgica.

Pero con lo expresado, es indudable que surjan algunos interrogantes.

El primero seguramente es, ¿por qué tenemos los "finochietistas" una deuda de gratitud con la Asociación Médica Argentina y con su Presidente actual?

Me apresuro a contestarla, y es como consecuencia de haber quedado la Escuela huérfana y sin sede.

De este hecho, nace por lógica preguntarse, ¿cómo llegó la Escuela a quedar desamparada y carente de un lugar de referencia?

Esta es una respuesta que requiere una breve reconstrucción de los acontecimientos más impor-



De izq a der: Prof Dr H Santángelo, Dr Simkin, Prof Dr E Hurtado Hoyo, Dr E Zancolli y Dr M Falasco.

tantes acaecidos en la historia de la Escuela del Hospital Rawson que muchos de ustedes tal vez no han vivido. Todo se puede resumir en tres sucesos que nos conducen a la situación actual:

El primer impacto negativo se produjo cuando Ricardo Finochietto fue forzado a dejar la Jefatura de su Servicio de cirugía, a fines del año 1955.

Desde ese momento, sus discípulos de la Sala VI sentimos el vacío, perdíamos una de las cosas más preciadas, el vínculo hospitalario diario con nuestro Jefe, que por otra parte, nunca dejó de serlo.

Ese contacto se redujo a los encuentros en su biblioteca de la calle Paraguay y al lugar donde operaba por entonces, el Sanatorio Podestá.

Con su alejamiento, extrañamos el trato cotidiano, a pesar del sufrimiento permanente que significaba la inquietante presencia de su figura.

Era una lucha interior diaria, entre el placer de tenerlo y la angustia de soportar sus infaltables y fuertes reprimendas.

El segundo hecho ocurrido fue más infausto todavía, su muerte, ocurrida el 1º de abril del año 1962.

Una pérdida que enlutó al mundo médico; el Hospital Rawson se conmovió y la sala VI se agrietó. Ingrata sensación de soledad e indefensión.

Habíamos perdido para siempre, en un sentido arquitectónico, al sostén, la piedra angular de la Escuela. Viéndolo a Ricardo como Maestro, desaparecía la figura hacedora de cirujanos, ese “brujo

transmutador”, poseedor de la tan célebre piedra filosofal del medioevo.

Ricardo, con una actitud que podríamos llamar *prometeica*, a muchos de nosotros nos hizo cirujanos, sin que dispusiéramos de ese toque mágico o sobrehumano tan frecuentemente aludido o la suerte de pertenecer a una condición social y económica especial.

Para lograrlo sólo se valió de dos cosas, por un lado, su alquimia; y por el otro, la continua presión que ejercía para obtener nuestro obligado aporte: estudio, trabajo y sacrificio.

En sentido figurado, el término *prometeico*, aplicado aquí a Ricardo, es válido porque adjetiva a toda persona que con esfuerzo titánico proporciona al hombre conocimientos trascendentes, elevando su espíritu, mejorando su condición y haciéndolo mejor para beneficio de la Humanidad.

Pero es de lamentar, como cuenta la mitología o conocemos por la historia, esos seres de leyenda o reales con designio, han sido y son con frecuencia perseguidos, maltratados y condenados injustamente.

Pasaron los años...

Los que cubrieron su Jefatura de la Sala VI del Hospital Rawson y la consecuente Dirección de la Escuela, fueron cirujanos algunos autóctonos y otros foráneos, todos con dotes personales, capacidad y muy buenas intenciones, pero les fue imposible cubrir el espacio dejado.

No resistieron la inevitable, humana y a su vez cruel comparación.

El tercer golpe fue en el año 1978, cuando se produce la desactivación del Hospital Rawson.

Se origina la diáspora.

La sede oficial de la Escuela pasa sucesivamente a los Hospitales, Argerich primero, y luego al Ramos Mejía, lo cual no disimula la previsible e inevitable declinación.

Cada año era evidente el poco interés que despertaba nuestro mal llamado “Curso”, demostrado en la práctica, por la progresiva disminución del número de inscriptos.

Para poder expresarles con sinceridad y resumir mi sentir sobre la triste realidad, he tenido la necesidad de liberarme de lo que Julián Marías llama “la censura interna”.

Como lo explica el pensador español, “censura interna” es ese sentir inevitable que cada orador o escritor ejecuta sobre sí mismo, al dudar si debe o no decir algo.

Y es eso lo que me afecta.

Tratando de superar el dilema, como apenado discípulo, decido expresar mi sincera opinión personal.



Prof Dr David Simkin

Por las razones mencionadas, y por otras más que cada uno de nosotros conoce, la Escuela con los años se fue desvaneciendo en el ruedo del adiestramiento quirúrgico y ha terminado por desaparecer, entiéndaseme bien, desaparecer como forma orgánica de enseñar cirugía en el ambiente público.

La Escuela se convirtió así en una fantasía emocional, íntima y personal, en una verdadera entelequia, por lo ficticia, y no por la visión aristotélica del término.

Pensar lo contrario es un autoengaño, un maquillaje inútil y nocivo.

En este momento cabe una reflexión, no un consuelo.

La historia de la humanidad está colmada de ejemplos señalando que la mayoría de las Escuelas no son perdurables; declinan primero en lo material, haciéndose más duraderas en la evocación y en la memoria.

La extinción, común a todas, no varía por la rama del saber o del actuar, hacia las cuales fueron orientadas.

Muchas caducan como consecuencia de la pérdida de sus Maestros y de los discípulos más encumbrados.

Otras veces el responsable es el cambio forzoso frente a las dificultades de las nuevas modalidades de la época en que transitan o por los cambios obligados en las costumbres sociales, culturales, políticas o económicas.

Todo en la vida cumple su ciclo y nuestra Escuela ha seguido la evolución natural señalada.

Faltos como estamos ahora de Escuelas y de Maestros, por razones varias y particulares que escapan a esta exposición, quedan en la actualidad en su reemplazo grupos de trabajo que tratan cada uno de ellos, aspectos muy puntuales de la cirugía.



De izquierda a derecha: Prof. Dr. E. Hurtado Hoyo, Dr. Simkin y Dr. H. Santángelo.

Muchas son las anécdotas y el parloteo, pero en la realidad, pasadas ya varias generaciones, las personas y la vida han cambiado, la mayoría de los preceptos del "finochietismo" se han ido esfumando, a la par de la desaparición de los hombres. Sólo perdura algo de todo aquello, como consecuencia del recuerdo que reiteran sus últimos discípulos directos que evidencian de ese modo, el fuego sagrado y la mística visceral heredados del Maestro.

En el tránsito hacia el olvido, esporádicamente se advierte que cirujanos jóvenes, a cargo de Servicios, al planear su trabajo de enseñanza quirúrgica, imitan algunas de nuestras modalidades, resabio de antiguas costumbres aprendidas de sus mayores que fueron, allá y a lo lejos, discípulos de nuestros discípulos.

A diferencia de como lo era antes de la desaparición del Maestro, nada resultó orgánico, normatizado y continuo.

Cualidades éstas obligatorias para constituir y mantener la vigencia de una verdadera Escuela.

Y aquí aparece lo actual, la historia que habíamos dejado inconclusa, en la que surge la Asociación Médica Argentina en la persona de su Presidente, el Dr. Hurtado Hoyo.

A fines del año 2001, lo entrevista un grupo de discípulos de la Escuela presentando la iniciativa de crear un Premio Anual, con el objeto de recordar a sus creadores y a su vez otorgarlo como reconocimiento a los discípulos más destacados, durante una Reunión Pública en una fecha tan recordatoria para nosotros como lo es, el 28 de abril de cada año.

La Comisión Directiva de la Asociación Médica, consideró el pedido y por unanimidad fue aceptado. Además, agradeció el honor de que la Entidad fuera elegida para albergar y desarrollar nuestras actividades académicas.

Desde el año 2002 hasta la fecha, la Asociación Médica Argentina se ha hecho cargo, todos los años, del Premio Enrique y Ricardo Finochietto, como asimismo de su organización, difusión y publicación de actos como el presente, en la Revista de la Entidad.

Dentro de todo este contexto referido, pero también con el infaltable apoyo de la Asociación Médica, es justo destacar la voluntad de colaboración del Dr. Víctor Desseno, discípulo de la Escuela que localizó y consiguió los restos de los Finochietto. De tal manera posibilitó que pudieran reunirse las urnas con las cenizas de ambos hermanos.

Para lograr dicho objetivo se debe reconocer el gesto de buena voluntad que en su oportunidad tuvieron las Señoras Carmen A. Méndez de Gorriani y Betina Castro Montero, que cedieron un lugar en su bóveda del Cementerio de la Recoleta.

También debemos recordar el actuar del Prof Víctor Gorrini y agradecer la muy especial dedicación del Sr Administrador de la Asociación Médica, el Sr Guillermo Couto, por el empeño en las prolongadas gestiones realizadas.

Entre tantas amabilidades recibidas debemos agregar que durante el año 2003 en el edificio contiguo nos concedieron un agradable Salón de Reuniones denominado "Finochietto", y que está presidido por el célebre bronce de Agustín Riganeli que inmortaliza la cabeza de Ricardo.

Es importante también consignar con mucha claridad que la Asociación Médica Argentina se ha hecho cargo de solventar todos los eventos mencionados anteriormente.

Para terminar quisiera puntualizar el sentido que se le ha querido dar a la frase "entidad benefactora".

La palabra "benefactora" ha sido incorporada intencionalmente por poseer una doble acepción, hacer bien a otro y a su vez proteger.

Así nos hemos sentido, Sr Presidente, beneficiados y amparados por la Institución y por Usted.

Han cumplido con creces lo convenido; nuestro sincero reconocimiento.

Sr Presidente, a pesar de la época en que vivimos, mezquina en valores, sobre todo, éticos y morales, la gratitud sigue siendo el signo de las almas nobles y como reza el proverbio chino, "cuando se bebe agua es bueno recordar la fuente de la cual brotó".

Pero el beneficio no ha sido sólo material, ha sido hecho con el altruismo de evocar la memoria de dos grandes de la cirugía, Enrique y Ricardo Finochietto.

Por ese motivo, recordando un pensamiento de Robert L Stevenson, podemos decir que todo lo realizado ha sido una ofrenda "a esa clase de hombres que se yerguen por encima del rebaño".

Muchas gracias.

Palabras del Dr Víctor Serafino. Semblanza del Dr David Simkin

Representa para quien les habla una satisfacción y una distinción especial que la Comisión Directiva de Homenaje a los Hermanos Finochietto me haya dispensado el honor de hablar de David Oscar Simkin, al que todos sus amigos llamamos "Bebe".

Al conocer la designación, la primera pregunta que me hice fue:

¿Cuándo un profesional médico es reconocido y distinguido por sus colegas? Me respondí:

- 1) Debe ser una persona de bien.
- 2) Debe hacer las cosas bien, debe superar la media.

3) Debe tener objetivos claros y poder cumplirlos. Debe ser una persona constructiva que valora a los demás, que colabora pero no compite, que motiva bien, que resuelve los problemas o ayuda a resolverlos.

Además, en el caso específico de este premio, es aquel que siguiendo a RF supo aprovechar las enseñanzas de sus maestros, y sumado a su propia experiencia, transmitirla a otras generaciones.

Éstas creo, sin temor a equivocarme, son las cualidades de quien hoy recibirá con total y absoluto merecimiento el premio de los Hermanos Finochietto.

Ésta no es una distinción por un trabajo sino que es, a mi juicio, mucho más importante. Es el premio a una trayectoria que no se consigue en días ni en años, sino que es necesario toda una vida dedicada a una pasión: la cirugía.

Le agradezco también el que me haya hecho llegar con total minuciosidad lo referente a toda su historia familiar. Sus padres, Bernardo y Filomena Borodiansky, nacieron ambos en Rivera, Provincia de Buenos Aires, en el límite con la provincia de la Pampa, en 1911 y 1917 respectivamente, y se casaron en 1937. Tuvieron 2 hijos, David Oscar (Bebe), quién nació el 25 de mayo de 1939 a las 12 horas en el domicilio particular (mientras en la plaza de Salguero y Bulnes tocaban el Himno Nacional); y Ricardo Raúl, quién nació 5 años después. Hizo su colegio primario en la escuela pública Nº 22 y el secundario en el colegio Nacional Mariano Moreno, entrando a la Universidad de Medicina en el año 1957, recibiendo en 1962.

Conoció a la que es actualmente su esposa, Nora Bruetman, a los 16 años. Es decir, llevan juntos más de 56 años y de ellos 50 de casados. Cuando se refiere a su esposa no deja de decir que es la columna vertebral de una familia que tuvo 2 hijos. Diego, médico, hace la misma especialidad que el padre; y Lorena, psicóloga; ambos le dieron 6 nietos que son su felicidad.

Compartía su actividad estudiantil con su gran pasión por los deportes. En basketball jugó en la primera división de la Sociedad Hebraica Argentina y llegó a competir contra los Harlem Globe Trotters en su segunda temporada en el estadio Luna Park. Concomitantemente era un excelente jugador aficionado de fútbol integrando los equipos del Hospital Rawson y luego del "María Curie". Actualmente sigue jugando regularmente al tenis. También desplegó un gran interés por el ajedrez, llegando a lograr "tablas" contra el segundo tablero de la argentina, Julio Bolbochán, en una simultánea en la década del '50. En la actualidad se desempeña como un eximio jugador de bridge.

Entró a la Escuela quirúrgica para graduados en 1963 e hizo el curso básico 2 años rotando por las distintas especialidades de la sala cada 3 meses. Allí conoció al Dr Yoel, quien mientras disertaba sobre traqueotomías fue llamado de urgencia para realizar una en un traumatizado y lo eligió “al azar” para asistirlo. Luego de un examen final lo invitaron a ser parte del servicio; rotó, fuera del hospital, por 4 servicios: anestesia, cirugía plástica, anatomía patológica y terapia intensiva, durante 6 meses cada una.

Pudo elegir dónde continuar y lo hizo en cabeza y cuello con Yoel.

En el pabellón 2 de la sala 5 y 6 del Rawson también inició su actividad docente. Fue allí donde se formó y brindó sus primeras clases.

Aprovechó cada oportunidad de fraternizar con sus compañeros del Rawson a través del fútbol.

Su actividad asistencial fue vasta

Médico agregado del hospital Dr Nicolás Bocuzzi (1963); Médico ayudante de guardia del hospital G Rawson (1973-1978); Médico de guardia del hospital Municipal de oncología (1979-1981); Jefe de la sección cabeza y cuello del hospital municipal de oncología “María Curie” en 1980, cargo ganado por concurso al jubilarse su maestro el Dr José Yoel.

Fue a comienzo de esa década que los Dres Alberto Agrest, como director del Dto Médico Quirúrgico, y el Dr Jorge Decoud como Jefe de Cirugía, lo invitan a hacerse cargo del servicio de cabeza y cuello del Sanatorio Güemes, cargo que mantuvo hasta su cierre en 1992.

Precisamente, lo conocí en la década del '80 en el Sanatorio Güemes Hospital Privado, siendo yo residente primero y luego jefe de residentes. Compartimos largas mañanas en las revistas de salas, consultorios externos y quirófanos, cambiando opiniones de los más diversos temas. A partir de esos momentos nos unió una profunda amistad y relación profesional.

En esta imagen lo podemos ver con el grupo de trabajo del hospital municipal de oncología María Curie donde actualmente es consultor de la sección de cabeza desde 1995.

Es justo reconocer que Simkin, con su personalidad, su autoridad y su férrea disciplina, le imprimió al servicio de cabeza y cuello tanto del hospital María Curie como del Sanatorio Güemes un gran nivel asistencial y académico, llegando a ser lugares de consulta no solo de la ciudad de Bs As, sino del país y del extranjero.

Su actividad académica es muy intensa.

Su personalidad entusiasma a los médicos jóvenes sobre los que vuelca todo su esfuerzo. Es esa vocación al trabajo y a la enseñanza lo que lo indujo a formalizar el curso de posgrado conjuntamente con el Dr Osvaldo González Aguilar con el título de Especialista de Cirugía Oncológica de Cabeza y Cuello dado por la UBA. Además, continúa con la docencia de pregrado impartiendo clases directas como un docente de las bases.

Resumiendo su actividad académica fue:

Vicepresidente del comité de publicaciones de la Asociación Argentina de Cirugía (1996-1997) y al año siguiente fue Presidente de dicho comité. Presidente de la Asociación Argentina de Patología de Cabeza y Cuello (1988-1989). Miembro Asociado de la Academia Argentina de Cirugía. Miembro Titular de la Academia Argentina de Cirugía desde 1991. Miembro Correspondiente Extranjero de la Sociedad de Cabeza y Cuello de Chile desde 1989. Subdirector de la Carrera Superior Universitaria de Especialista de Cabeza y Cuello de la UBA.

Docente libre de la UBA.

Sus publicaciones llegan a más de 250 y cerca de un 10% han recibido premios dentro de los que se destacan: “Sociedad Arg de Cabeza y Cuello”, “Sociedad Arg de Cancerología”, “Bosch Arana”, “Rodolfo Pasman” 3 veces, el “Pedro Bolo” 3 veces. El “Asociación Arg de Cirugía. Además de un *hat trick* (tres premios en un año).



De izq a der: Dr Víctor Serafino y Prof Dr David Simkin

Fue autor y/o colaborador en varios libros y mantiene fluidos contactos con expertos de la especialidad del extranjero.

Todos nosotros aprendimos de nuestros maestros un estilo de vida, una formación médica y un significado de la ética y la moral (condiciones que en la actualidad no son moneda corriente), pero además, Bebe agrega una fortaleza física, un espíritu, una fuerza interior y una inagotable capacidad de trabajo, tanto asistencial como académica.

Finalmente, quisiera terminar esta semblanza con lo que expresara el Dr Simkin cuando tuvo el honor en este mismo recinto de recordar a su maestro José Yoel. Decía en esa oportunidad, y bien lo merece el homenajeado de esta noche, un dicho que rescató de un antiguo libro de anécdotas judías de hace dos siglos en el que un estudioso le pregunta al rabino: ¿cómo es posible reconocer al maestro? Y la respuesta fue: “nunca se puede estar seguro y así debe ser. En realidad depende de los discípulos. Son los discípulos quienes en última instancia justifican al maestro”.

Premio Finochietto: Dr David Simkin

Representa para quien les habla una distinción especial que la Comisión Directiva de Homenaje a los Hermanos Finochietto me haya dispensado con este galardón. Por lo general se estilaba que las palabras del homenajeado en estas circunstancias transmitan un discurso ceremonioso, protocolar; el mío versará en el reconocimiento a mis maestros y será en función de vivencias y anécdotas que viví junto a ellos. Creo que es la mejor manera de rendirles un merecido homenaje por sus enseñanzas no solo médicas, sino también éticas. Pretendo con estas palabras, que para muchos de Uds que no los conocieron, comiencen a tener un somero perfil de sus personalidades, y aquellos que sí los vivieron, reflejen una sonrisa probablemente melancólica recordando aquellos momentos, como le ocurrió a quien les habla cuando escribía estas palabras.

Desde estudiante de Medicina sabía que lo que me entusiasmaba era ser cirujano y comenzar ese aprendizaje en la EQMG de los Hermanos Finochietto. A mediados de la década del '60 el Dr Ricardo, como lo llamaban sus discípulos, no estaba al frente de la escuela, y si bien no lo conocí, la mística, la forma de enseñar, las anécdotas y la pasión que transmitían sus discípulos al recordarlo, los que luego fueron mis maestros, me llevaron a conocerlo como si hubiese asistido a todas y cada una de sus enseñanzas.

Viendo su foto, la escultura de su cara, su frente amplia, nariz aguileña y pómulos salientes, dejaban impresa en mi pensamiento una fortaleza

física y una autoridad que solo lo puede alcanzar el que supo ser simultáneamente líder y maestro; y lo fue: Porque tuvo autoridad moral, intelectual y científica.

Porque abrazó la cirugía con pasión y supo llevar a la práctica las enseñanzas de su hermano Enrique.

Porque tuvo método y estilo propio.

Porque fue innovador, motivador nato, un lector incansable.

Porque formó discípulos y seguidores por doquier que siguieron sus enseñanzas.

Porque su obra trascendió.

Porque supo enseñar con dignidad, con la generosidad del que conoce el valor de las cosas, y fue creador de una de las escuelas quirúrgicas reconocida nacional e internacionalmente. He leído una aseveración dicha por uno de sus discípulos: “en la historia de la cirugía mundial quedarán grabados en el recuerdo de las generaciones futuras de médicos los nombres de dos escuelas, la de los hermanos Mayo en lo EE.UU. y la de los Finochietto en la Argentina.

Como conclusión, es aquel que pasa, pero queda.

Entrar al Hospital Rawson, recorrer esa pérgola donde transitaban figuras señeras de la cirugía argentina. En la sala 2, en esos momentos dirigida por Augusto Covaro, sus discípulos eran Agustín Díaz, Conrado Cimino, entre otros. La sala 15, cuyo jefe, Diego Zavaleta, tenía como encargados en los distintos departamentos a Arturo Hendeirich, Juan C Olaciregui, Santiago Perera, Gugliotta, Eduardo Marino, etc. Y las nuestras, salas 5/6, y de aquellos maestros que con sus enseñanzas dejaron su impronta en mi personalidad como médico y que es la base de esta presentación. La jefatura, entre tantos otros, estaba en manos del Dr Néstor B Turco, discípulo de la 1ª camada del Dr Ricardo. Tenía una personalidad campechana, humilde; tenía un gran humor. Su curriculum decía: “Néstor B Turco”. Para él era suficiente. Recibía frecuentes invitaciones a dar conferencias y cursos teórico-prácticos en el exterior, pero no tenía material de ilustración y le pedía, en aquella época a Yoel, diapositivas sobre cualquier tema. A su regreso le preguntaba cómo le había ido y la contestación era “excelente” porque Turco para hablar no necesitaba ningún ayuda-memoria, tenía una retórica y una simpatía para expresar cualquiera sea el tema en discusión, que dejaba muy satisfechos a quienes lo escuchaban.

Recuerdo en una oportunidad mientras operaba un cuerpo extraño en el cuello que tenía una bala. No existía la TC, se hacía el diagnóstico de localización con Rx simples y marcadores metálicos. Era cerca del mediodía. Me vi sorprendido al retirar el proyectil por una hemorragia que no podía yugular, que provenía de la columna cervical.

Lo que atiné a hacer fue taponar con una gasa y comprimirla con mis dedos y llamar a alguien con más experiencia. En ese momento solo estaba Turco. Con la modestia que lo caracterizaba, fue a buscar un libro a la biblioteca sobre malformaciones vasculares y con las imágenes, probablemente de una arteria anómala de la vertebral o una fistula arteriovenosa postraumática, pudimos resolver satisfactoriamente ese problema.

El 1º departamento que me asignaron fue proctología, cuyo jefe era Roberto Garriz. Antes de ser jefe de cirugía del Pabellón Olivera, el Dr. Rodríguez Martín, el año pasado y desde este mismo abril, recordó su obra y sus enseñanzas. Yo me voy a referir a algunas anécdotas que presencié y que viví. Uno no puede dejar de recordar ver a Garriz al terminar su labor hospitalaria cruzarse con sus compañeros de sala al bar frente al hospital y previo a sus operaciones en la Corporación Médica del Sur, pedir su tradicional café acompañado de su manzana cortada en trozos pequeños. En otra ocasión, cruzándome en la pérgola, me pidió que lo invitara a presenciar una parotidectomía. Mi asombro fue mayúsculo. Mi ego fue inconmensurable. Él quería recordar algunos aspectos de la técnica porque en esos días tenía que intervenir a un paciente con esa patología. Garriz era de esos cirujanos que operaban cualquiera sea la patología como lo hubiese hecho un especialista. Tuvo numerosos discípulos. Aquí podemos observar a 2 de ellos: Rodríguez Martín y Almanza. Quiero recordarlo en esta oportunidad y rendirle mi homenaje, a quien fue amigo y compañero; desapareció el año pasado, luego de una muy corta enfermedad, gran cirujano; tenía un solo defecto, era un fanático admirador de Boca.

Delfín Vilanova, jefe del Dto de mama y vascular. Tenía una doble personalidad en el hospital. Era temperamental, avasallante, un poder de decir las cosas que provocaba temor fuera de él. Cambiaba radicalmente. Me lo crucé en ciertas circunstancias en el teatro Colón porque era un amante de la música clásica, y se comportaba, a pesar de la diferencia de edad, como un amigo entrañable, totalmente distinto al Vilanova del hospital. Recuerdo algunas anécdotas que lo pintan radicalmente. Siendo yo cursillista básico, tenía que viajar a Mar del Plata, no conseguía pasaje y escuché que él viajaba a Miramar. Con mucho temor le pregunté si me podía llevar. Él no solo lo aceptó, sino que me invitó a cenar a su casa, y me dijo que viajaría en el asiento de atrás, junto a los palos de golf, porque él iba acompañado. Los que los conocieron recordarán que utilizaba un Volkswagen escarabajo.

La 2º anécdota es la siguiente. Se había combinado en realizar un partido de fútbol contra la

Corporación Médica del Sur. Parece que yo jugué muy bien. A la mañana siguiente, lunes, al llegar al quirófano, con su forma de decir las cosas me dijo: “che, Simkin, vos sos un excelente jugador de fútbol, por lo tanto, tenés que ser un excelente cirujano; vas a hacer estas Bp de mama”. Él podía dar todas las operaciones ampliadas de la especialidad, pero sólo él realizaba las bp porque decía que allí se jugaba el futuro y pronóstico de la paciente.

La última. Yo era médico estable en el servicio. Un colega totalmente apesadumbrado y angustiado me despierta un 1º de enero a las 7 de la mañana para que lo asesore. Le había palpado a su mujer un cáncer de mama. Lo tranquilicé como pude diciéndole que al día siguiente lo haría ver por el que yo consideraba el mejor. Se lo presenté en el Central de Cirugía en la calle Córdoba y Ecuador al Dr. Vilanova. Luego de revisarla le habló a este médico diciéndole, con su particular forma de decir: “Dr, cuando Ud le toque una “teta” a su esposa hágalo como amante y con cariño, no como médico; su esposa no tiene nada”. Así era Vilanova.

Eduardo Zancolli, el más joven de los jefes del Dto. Brillante traumatólogo. Reconocido en el mundo entero, un exquisito de la cirugía. Verlo operar dejaba la sensación de que todo era fácil. Su libro de Cirugía de la mano es una obra monumental. Gran tenista. Recuerdo que con motivo de ese 1º partido de fútbol, él jugaba de wing, al día siguiente lunes llegó tarde al hospital porque antes había ido a comprar 11 camisetas de fútbol a casa Testay.

Finalmente me referiré a José Yoel. Cuando en una oportunidad, en este mismo estrado, tuve que realizar una semblanza de mi maestro, decía en esas circunstancias que lo había conocido en la década del '60 cuando entré a la EQMG. Me unieron a él lazos indisolubles, compartiendo momentos inolvidables dentro y fuera del trabajo. Con autoridad puedo decir que tenía un cerebro privilegiado, una memoria extraordinaria y una capacidad de trabajo inagotable. Era directo en sus decisiones, de buen humor. Era un cirujano rápido sin ser apurado. Cuando algún error se producía durante la operación, eso lo sacaba de sus casillas; no gritaba ni insultaba, expresaba su disconformidad zapateando, característica, yo diría, no finochietista.

Como maestro enseñaba todo lo que sabía y lo hacía con las dos reglas más eficaces de la pedagogía, la sencillez y la generosidad.

Tenía una gran capacidad, experiencia clínica quirúrgica e intuición especial para hacer diagnósticos precisos. Parafraseando a Gregorio Marañón, decía que enseñar y aprender es la misma cosa. Gozaba con el éxito de sus discípulos como si fuesen propios. Enseñó con su ejemplo, y repetía una frase

de EF, quien decía: “sólo cumple con su deber quien va más allá de sus obligaciones”; y otra de RF: “a uno le enseñan para que después eso, sumado a su propia experiencia, lo trasmite a otras generaciones”.

Tenía un consultorio con pisos de mármol de Carrara, puertas con vitreaux, una biblioteca con todas las revistas extranjeras de la especialidad, una pinacoteca excelente con cuadros de Berni, Alonso, Lacamera, Quinquela Martín, etc. En una oportunidad le pregunté: ¿por qué un consultorio tan suntuoso? Me respondió: “el día tiene 24 horas, duermo 6 horas, en el hospital estoy durante las mañanas; el resto del día, inclusive sábados y domingos, estoy en este consultorio, por lo tanto, este lugar me debe dar un gran placer”. Estaba simultáneamente también, el Yoel no médico, el que mostraba una habitación exclusiva donde sobre una mesa tenía armado un gran conjunto ferroviario compuesto por locomotoras, vagones y estaciones, que armó con un ingeniero electricista, a lo cuales hacía andar simultáneamente expresando al mostrarlo su cara de felicidad; o cuando todos los años reunía a todo su servicio en una ceremonia, a semejanza de la que realizaba Quinquela Martín con su orden del tornillo, la orden de la “cánula aspiradora” y se la entregaba a una personalidad que hubiera hecho algo para aumentar el prestigio de la EF. Tenía una especial afinidad por su perro coli llamado Mike. Recuerdo como anécdota, al fallecer su padre, vivían en ese momento en una casa de la calle Gorriti. Mike, por su gran tristeza, se tiró de la terraza sufriendo un neumotórax bilateral. Yoel le hizo sacar las Rx para certificar el diagnóstico, instaló un quirófano en su consultorio, llamó a un cirujano de tórax. Borlengui lo operó y le colocó su enfermera privada para el cuidado postoperatorio. El tiempo transcurrió. Viviendo en otro departamento, fallece su madre. El

perro la sobrevivió 4 años más como dueño de ese departamento con su correspondiente cuidadora. Con estas palabras quiero expresar mi total gratitud a quien en vida consideré mi segundo padre.

Finalmente, dos agradecimientos. A mi señora Nora, que con su fuerza y vitalidad comenzara con los cimientos y luego se transformara en la columna vertebral de esta familia con la que acabo de festejar 50 años de casado. A mi hijo Diego, que continúa mi especialidad con gran éxito. Una vez por semana le ayudo en sus operaciones. No hay mayor satisfacción para un padre que trabajar en equipo con su hijo quedando muy claro que él es el cirujano y yo su ayudante. Al finalizar las operaciones, al llegar a mi casa, mi esposa me pregunta siempre lo mismo: “¿cómo les fue?” Y mi respuesta también es siempre la misma: “muy bien porque Diego es un excelente cirujano”. Mi hija Lorena, psicóloga, que con su ternura y alegría revitaliza diariamente la vida de esta familia. A mis hijos políticos y a mis 6 nietos que revitalizan mi vida diariamente el mayor, Julián, estudiante de medicina y la menor, Sofía, un tiro al aire. El segundo agradecimiento nuevamente a quienes me eligieron para recibir este premio, y es un honor para quien les habla, continuar la lista de brillantes cirujanos que me precedieron, Dres Julio Uriburu, Eduardo Zancolli, Santiago Perera, Arturo Hendereich, Juan José Olaciregui, Héctor Santángelo, Claudio Barredo, Conrado Cimino, Osvaldo González Aguilar, José María Almanza, Jorge Rodríguez Martín. Terminaré estas palabras en parte como inicié. Espero que aquellos que no los conocieron tengan una idea de quiénes fueron los fundadores de esa segunda generación de finochietistas, mis maestros.

Muchas gracias.